



Mi diario

Esta semana estoy disfrutando en la ikastola. Como es la Semana de la salud no tenemos las clases normales. Hoy, miércoles, ha venido un grupo de monitoras y monitores a enseñarnos a hacer labores de casa.

Me ha parecido raro. Venir a clase a hacer lo que hago en casa, pero luego me he dado cuenta de por qué lo hacen.

Nos han dividido en grupos y hemos estado trabajando en Txokos, como cuando éramos pequeños. Nos han puesto a los chicos con los chicos y a las chicas con las chicas. Nosotros, es lo que nos han dicho, teníamos que hacer los trabajos que hacen las amas en casa: fregar, barrer, limpiar, ordenar, planchar, cocinar... Las chicas han estado toda la mañana arreglando enchufes, colgando cuadros y cosas parecidas.

He alucinado. Aitor, Mikel y Jontxu nunca habían planchado, ni tampoco barrido su cuarto. La verdad es que nos hemos reído. Mikel se ha quemado con la plancha. Aitor, fregando cazuelas, ha puesto el suelo perdido de agua... ha sido un poco desastre.

Luego nos ha tocado cocinar. Como a mí, Ama me ha enseñado, hemos hecho una tortilla de patatas buenísima. Jontxu nos ha dicho que hoy mismo iba a hacer una en casa para cenar.

Yo pensaba que en casa todos colaborábamos. Pero me he dado cuenta de que no es así. Sólo hacen su cama y poco más. Al final hemos estado hablando con las monitoras y hemos estado de acuerdo en que no está bien que colaboremos tan poco en casa.

Les he contado que mi Aita limpia los baños, riega las plantas y es el que está más tiempo con nosotros. Y que ama es la experta en temas de bricolaje. El otro día cambió la cerradura de la puerta de casa porque se rompió una llave dentro.

Las monitoras me han dicho que tengo suerte de tener un aita y una ama como ellos. Me he sentido muy orgulloso.





Hablando de sexualidad

Vivimos una época donde los modelos tradicionales de comportamiento de mujeres y hombres están en proceso de cambio. Factores sociales, culturales y económicos están haciendo que los hombres intervengan, cada vez más, en la vida doméstica, al mismo tiempo que las mujeres desarrollan sus actividades fuera de casa, en el mercado laboral.

Esto está provocando un cambio en los comportamientos tradicionalmente característicos de cada sexo. Uno de los ejemplos más claros, a nivel educativo y relacionado con los hijos e hijas, se refleja en el tipo de juegos y actividades que se les proponen, intentando dar una imagen de que no hay juegos y juguetes dependiendo del sexo.

Desigualdad

Dentro de la familia en general, erróneamente aún se tiende a potenciar en las niñas y adolescentes la sensibilidad, la dependencia y la afectividad, por ejemplo. Mientras por el contrario, se premia en los niños y adolescentes, la agresividad, la competitividad, la independencia... Estos estereotipos de género responden a una sociedad organizada en función

de unas relaciones desiguales entre hombres y mujeres.

Es importante tener en cuenta que esta desigualdad también se manifiesta en la educación afectivo-sexual, que comienza desde el nacimiento de los hijos e hijas, y que al ser la sexualidad una dimensión de la persona, se está continuamente educando sin ser consciente de ello.

Trasmisión de valores

Se transmiten y enseñan valores como el respeto a la persona, roles masculinos y femeninos, modelos de comunicación entre parejas y entre personas de distinto sexo, por ejemplo: cómo se toman las decisiones, cómo se resuelven los conflictos...

Tan importante es enseñar a los hijos e hijas a colaborar, indistintamente de si son niños o niñas, en todas las tareas del hogar, como hablar de las relaciones sexuales o de la masturbación.

La realidad hoy es que la educación afectivo-sexual comienza, habitualmente y de modo explícito en las familias, con la aparición de las primeras dudas. Y éstas suelen ser de tipo anatómico y fisiológico. En consecuencia, las respuestas que se dan a estas cuestiones son distintas dependiendo de su edad.

A las inocentes preguntas de los cuatro o cinco años se contesta con explicaciones de tipo afectivo: "aita y ama se quieren y tienen un niño". Muchas veces es suficiente, ya que no demuestran más interés.

En esas edades se pueden dar explicaciones mucho más completas, pero hay que hacerlo con cuidado de no dejarles en un estado de confusión que no tenían al preguntar.

Explicación científica

Más adelante, coincidiendo con el tratamiento del tema en los centros escolares, y cuando requieren una respuesta más práctica, suele desaparecer la afectividad casi por completo, y aparece una explicación científica. Se habla de testículos, óvulos, y espermatozoides... y sobre todo, de reproducción. Desvinculando la sexualidad de la relación interpersonal, la comunicación, la expresión de sentimientos y afectos o el disfrute, y vinculándola erróneamente al hecho fisiológico de la penetración.

Hay que tener mucho cuidado con equiparar la educación afectivo-sexual a la explicación de cómo se conciben los bebés. Por ello, pensar que esa educación comienza a partir de los ocho, nueve o diez años, y acaba

después de haber tenido “esa” conversación es un grave error.

Búsqueda de respuestas

Hay varios abordajes tradicionales clásicos en la educación sexual. El primero ocurre desde el nacimiento hasta el comienzo de la adolescencia, y es considerar que son demasiado jóvenes para que se les hable de determinadas cuestiones. Esto ocasiona que vayan buscando las respuestas fuera de casa, y que se habitúen a no hablar del tema con padres y madres.

Este primero se complementa con el segundo. A partir del comienzo de la adolescencia, muchos padres y madres piensan que los y las adolescentes tienen, hoy en día, mucha información, incluso demasiada información, y que ya saben todo lo que deben saber. Pero, ¿les han proporcionado ellos y ellas toda esa información?. La respuesta más común es no.

Además se producen desigualdades en el tratamiento de estos temas. Por ejemplo, con las hijas se habla de temas relacionados con la menstruación. Estos temas normalmente no se tratan con los hijos.

Preguntas

Un tercer posible desliz es considerar que el tratamiento de la sexualidad se basa en esperar a que vayan preguntando sus dudas. Como si fueran los hijos e hijas quienes dirigen su propio proceso de formación. Hay muchos hijos e hijas que nunca llegan a preguntar, o que lo hacen muy poco.

Existen distintas razones por las que no preguntan a sus padres y madres. Por una experiencia previa negativa, en la cual no recibió una respuesta clara o, porque se sintió agredido por la respuesta o, porque se dio cuenta del mal momento que estaba pasando la persona adulta (se ruboriza, la cara que puso, gestos de nerviosismo).

Hay otro descuido educativo de consecuencias más trascendentes, y es la desvinculación de la sexualidad de todo un sistema de valores y de las experiencias afectivas. Esto no quiere decir que los padres y madres no las tengan. Las tienen, pero encuentran mucha dificultad a la hora de verbalizarlas.

Muchas veces, una simple pregunta, hecha por un adolescente, puede dejarte sin una contestación clara. Otras, ante situaciones en que claramente deberíamos de opinar, no lo hacemos por no saber cómo empezar a hablar.

La televisión

La televisión es una gran educadora que ofrece múltiples situaciones en que están implicados los valores y las experiencias afectivas. Los hijos e hijas pueden estar viendo una situación que se repite muchas veces, por ejemplo la historia de una adolescente que es la encargada de cuidar de su hermano pequeño, mientras el hermano mayor sale a la calle con sus amigos. Educar positivamente es opinar y hablar. Permanecer callados puede dar la impresión de que se aceptan esas conductas como correctas y positivas.

Anticipación

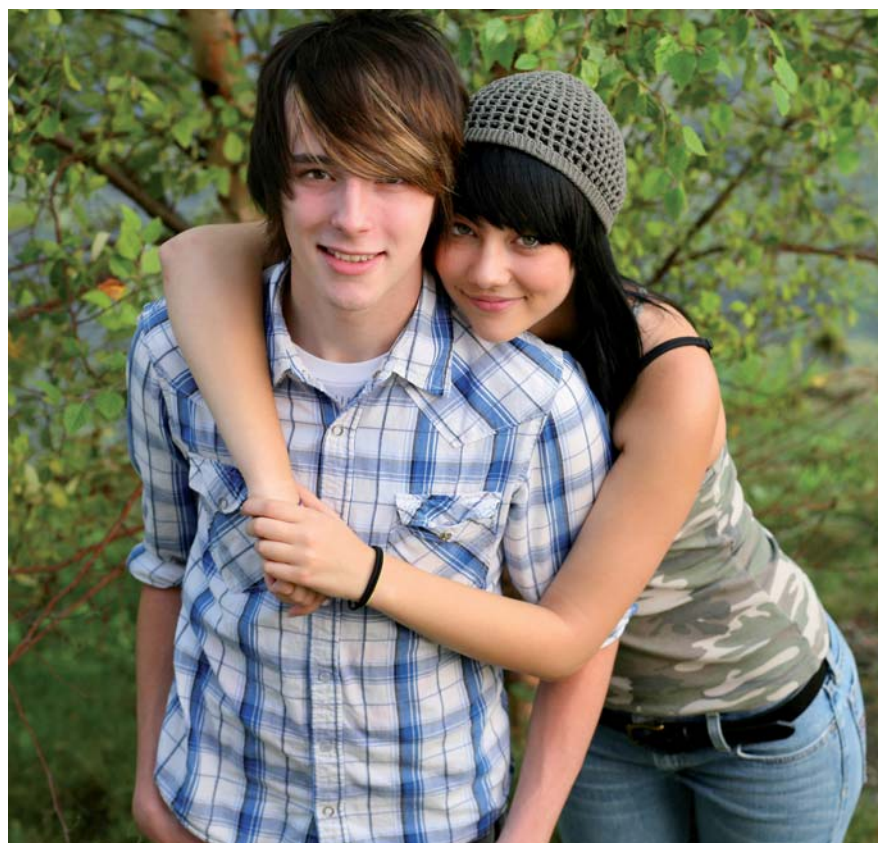
Es primordial prepararse de antemano y anticipar las respuestas a las preguntas más habituales. Si se ha pensado previamente en ello, es más fácil y resulta menos forzado. Puede que la situación, momento y lugar elegido por hijos e hijas no sea la más adecua-

da para contestar. Aun y así, también en ese momento ha de haber una respuesta.

En definitiva, al ser la sexualidad una “asignatura” y tú la persona que ha de impartir dicha materia en la familia, debes prepararte, programar y “dar las clases”. Y nunca esperar a que llegue un momento que cuando parece que va a llegar, se ha pasado sin darnos, casi, oportunidad a intervenir. Y dejando esa educación, por tanto, bastante al azar.

Respeto y confianza

Por tanto, un elemento que se considera importantísimo dentro de la educación afectivo-sexual es el desarrollo de una relación positiva, basada en la confianza y el respeto interpersonal. Esto conllevará una mayor fluidez y confianza para abordar temas, que habitualmente no se tratan o resulta muy difícil hacerlo. Así se podrá conseguir el gran objetivo de que sean el padre, la madre o ambos las personas de referencia hacia los que se vuelvan sus hijos e hijas para hablar, preguntar o compartir.





PROGRAMA DE EDUCACIÓN AFECTIVO-SEXUAL Y PREVENCIÓN DE LAS ENFERMEDADES DE TRANSMISIÓN SEXUAL (ETS)

Si tienes hijos e hijas adolescentes o jóvenes, es muy posible que hayan recibido los cursos que, gestionados por las Asociaciones de madres y padres y en colaboración con el Servicio de Prevención municipal, se imparten en Getxo desde hace más de 12 años.

Estos Cursos se dirigen al alumnado de 2º de Secundaria cuando cuentan con catorce o quince años de edad. Participan sexólogas, con una amplia experiencia con la adolescencia, que en formatos de tres o cuatro sesiones desarrollan los contenidos a través de juegos y dinámicas de grupo.

Los objetivos de dicho programa son: ampliar los conocimientos y la formación en educación sexual, tratando el tema de la sexualidad desde un nivel afectivo y de respeto y, el conocimiento de las enfermedades de transmisión sexual trabajándolo especialmente desde la prevención.

Se intentan aclarar los mitos, miedos y vergüenzas relacionados con la sexualidad.

En relación a las ETS, se estudian los peligros que se pueden derivar de las conductas de riesgo. También, y analizando específicamente el SIDA, se informa de cuáles son sus etapas, los medios de transmisión y la manera de prevenirla.

Aprender leyendo...

Urrea, Javier. «¿Qué ocultan nuestros hijos?». Ed. La Esfera de Los Libros

En casa no les cuento... “que me acuesto muy tarde sin que ellos se den cuenta”, “que molesto a mi hermano cuando no están”, “los botellones que hago”, “que a veces voy a misa”, “que compro y miro el porno en internet”, “que de vez en cuando falsifico su firma”, “que estuve a punto de ser padre”....

Lo que hijos e hijas no les cuentan a sus padres y madres, lo contestan en este libro de forma anónima.

Los hijos e hijas mienten, ocultan y evitan ciertos temas porque saben que la reacción de sus padres no les beneficiaría. Se justifican diciendo “Me gustaría poder confiar más en ellos, pero sé que no puedo porque si ellos supieran todo lo que me pasa... ¡no saldría de casa nunca!”.

En “¿Qué ocultan nuestros hijos?” ellos y ellas enseñan un montón de situaciones distintas, ya que cada familia y cada contexto es diferente.

La obra analiza 5.000 respuestas obtenidas a una, de hijos e hijas y padres y madres, tanto de colegios privados, públicos, como de institutos, y tanto del mundo urbano como del rural. Analizando estos datos el autor descubre los secretos que guardan los/las adolescentes, las mentiras y los temas tabú en las familias, lo que callan también sus padres y madres.

El autor dice que su principal objetivo es, “apuntalar la comunicación padres-hijos”. Y, de paso, refrescar la memoria a quienes ya se han olvidado de que ellos también fueron jóvenes.

